



EL DRAMATURGO ESCRIBE UNA OBRA BREVE  
DE ENCARGO

(O CÓMO RESULTÓ QUE YO HICE PRECISAMENTE ESTA PIEZA Y LA  
HICE PRECISAMENTE DE ESTA MANERA)<sup>1</sup>

**Jerónimo López Mozo**



---

<sup>1</sup> *Aceptaré como regalo...*, Iuri Albert (Moscú, 1959).

## CARTAPACIO

---

PERSONAJES

EL AUTOR

PRÓLOGO

*(En el centro del escenario desnudo, una mesa sencilla. Tras ella, una silla de madera. A un costado, una cajonera. Al otro, una papelerera. Sobre la mesa, una ordenador portátil con la pantalla plegada, un flexo apagado, un teléfono inalámbrico, un cuaderno con cubiertas duras, papeles sueltos, un metrónomo, una manzana en un cenicero y un cubilete con lapiceros y bolígrafos. Sobre la cajonera, una impresora. En un lateral del proscenio, un sillón de orejas en el que está sentado el AUTOR y un revistero con periódicos.)*

AUTOR.— *(A/ público.)* Es el lugar en el que trabajo. Un despacho de apenas ocho metros cuadrados. Dos paredes cubiertas por estanterías repletas de libros, archivadores, pequeños objetos y fotos; otra, ocupada por un cuadro y varios diplomas enmarcados; en el centro, la mesa de trabajo... *(Señalándola.)* Esa. Detrás, la silla y una ventana desde la que se contempla el acueducto de ladrillo del Canal de Isabel II. Sobre la mesa, ya lo ven: lo imprescindible para trabajar y, en cuanto a los papeles, recortes de prensa, fotocopias de libros, programas de mano, el cuaderno en el que anoto lo que he de hacer... Advierto que no intento describir exhaustivamente este espacio en el que transcurre la mayor parte de mi tiempo, de modo que, a lo dicho, sólo añadiré que, en mi desordenado despacho, también hay numerosas carpetas repletas de papeles con anotaciones de ideas que no quiero dejar escapar o que resumen lo que observo en mis visitas a exposiciones, en los espectáculos y demás actos a los que asisto. O en mis paseos. Buena parte de estos materiales alimentan mis obras,

pero, con frecuencia, el fruto se reduce a fragmentos de escenas que por diversos motivos no llegan a ver la luz. Encerrados en ellos quedan, entre otras cosas, bocetos de personajes, algunos prontamente olvidados. Los hay, sin embargo, que pugnan por cobrar vida y ponen en ello tal empeño que llaman con fuerza a las puertas de mi imaginación exigiéndome que acabe de darles forma. A veces son tantos y es tanta su insistencia que me siento agobiado. O se van ellos o me voy yo, me digo. Más ellos no pueden hacerlo, pues todavía no existen. Yo sí, pero de poco me sirve. Sabedores de que mis ausencias son temporales, aguardan mi regreso y apenas entro en el despacho vuelven, tozudos, a la carga. En esos momentos, la estancia se convierte en un escenario en el que se suceden acciones disparatadas y en el que resulta imposible poner orden. Así de complicada es mi vida en tan reducido universo. En ocasiones me he planteado hacer una limpieza a fondo de mi despacho y arrojar a la papelera tanto escrito caduco y textos ajenos guardados por si acaso. Muerto el perro, se acabó la rabia. De este expeditivo modo, condenaría a los personajes nonatos a no formar parte del censo de mis criaturas de ficción. Confieso que pocas veces me he decidido a llevar a la práctica el escrutinio y, que, cuando lo he hecho, apenas iniciado, cada papel ha regresado al sitio en el que estaba. Me parece que, si lo consumara, perdería algo de mi pasado y algún día me arrepentiría. Sería como dejar vacío el cuarto de mi memoria. Hoy lo está, sin embargo. Vacío, precisamente cuando debería encontrar en él motivos de inspiración. ¿Por qué sucede esto cuando uno ha de satisfacer un encargo aceptado con gusto y su mayor deseo es el de escribir una obra de arte que deje boquiabiertos a todos? ¿Por qué?

*(El AUTOR se levanta y se dirige a la mesa. Coge la manzana, la contempla, le saca brillo frotándola sobre la pechera de la camisa y la muerde. La deposita de nuevo en el cenicero. Luego se acomoda en la silla y enciende el flexo. Permanece quieto y pensativo un buen rato. Acto seguido, coge al azar uno de los papeles que tiene delante y lo examina. Lo arroja a la papelera. Mecánicamente, alza la pantalla del ordenador y lo pone en funcionamiento. Parece recordar algo. Lo anota en el cuaderno. Lo cierra y, al punto, lo vuelve a abrir para releer lo que acaba de escribir. Fija la atención en la pantalla como si buscara algo en ella. Si en efecto busca algo, es evidente que no lo encuentra.)*

AUTOR.— Un lápiz, un bolígrafo, una máquina de escribir o un ordenador, papel, unas cuantas palabras... ¿Quién ha dicho que con eso basta para crear una historia fantástica? ¡Una mierda! Con eso sólo, ni siquiera se puede escribir una obra que dure menos de un cuarto de hora. Se necesita algo más: la inspiración que a mi me falta.

*(El AUTOR no se resigna.)*

AUTOR.— Tampoco es eso. Veamos. Dos personajes frente a frente. Habla uno y el otro responde. Así de sencillo. Pero un buen diálogo, nunca concluye. ¿Verdad, Clara<sup>2</sup>? Lo aprendí de ti. Los buenos diálogos sólo llegan a su fin cuando los interrumpe la muerte, dijiste. Y yo lo suscribo. En cambio, el monólogo... Lo empiezas y cortas cuando se te antoja. El personaje larga y larga sin necesidad de que alguien le escuche. Es un recurso que no falla. ¿Por qué no un monólogo? Un monólogo interior... *(Da un puñetazo sobre la mesa.)* ¡Porque no!

*(El AUTOR, irritado, parece dispuesto a abandonar la empresa. Recupera la manzana mordida y la destroza a dentelladas. Eso le serena el ánimo. Fija la mirada en el público. Al cabo de unos segundos, minutos, incluso horas, la desvía hacia la pantalla del ordenador. Se le ilumina el rostro. Alza la mano y señala las alturas con el dedo índice extendido.)*

AUTOR.— El autor está sentado en el sillón y empieza a hablar de lo que le rodea. «Es el lugar en el que trabajo», dice.

*(Sus manos se apoyan en el teclado del ordenador y empieza a escribir.)*

AUTOR.— *(Repitiendo en voz baja.)* Un despacho de apenas ocho metros cuadrados. Dos paredes cubiertas de estanterías...

*(El metrónomo se pone en marcha por sí sólo. Su tic-tac acompaña el quehacer del autor.)*

---

<sup>2</sup> Clara Janés.

EPÍLOGO

*(Algunas horas después. O días. El tica-tac del metrónomo cesa. El AUTOR, que está concentrado en su trabajo, separa las manos del teclado. Se echa hacia atrás y se estira con los brazos extendidos. Parece relajado. Repasa lo que ha escrito. Lo imprime. Lo repasa de nuevo. Hace una llamada telefónica.)*

AUTOR.— ¿Está Pedro<sup>3</sup>?... Si, soy yo... Cuando hables con él, dile que he terminado la obra que me encargó... Eso es, cinco folios. Los que me dijo. Ni uno más. Misión cumplida. Una cosa: espero que le guste, pero sea cual fuere la opinión que le merezca, estaré totalmente de acuerdo con ella... Gracias. Hasta luego.

*(Cuelga el teléfono. Acto seguido, desconecta el ordenador y abate la pantalla.)*

AUTOR.— Creo que me he ganado un gin-tonic.

*(Apaga el flexo y se va.)*

---

<sup>3</sup> Pedro Villora.